

tema musical parte de los martillazos y se ordena hasta crear una música moderna. Se escuchó también la banda sonora que Serra realizó para *Ana y Haroldo* de Alfredo Zemba en donde Carolina Fal que no es cantante, canta los textos de Ana Frank, el criterio en esta elección se sustenta en que es preferible que esos textos sean cantados por la actriz porque lleva el personaje adentro y lo que interesa en ese caso es la expresión.

Los asistentes al curso remarcaron la riqueza de la experiencia de transitar las clases con cuatro exponentes tan distintos y con concepciones y posturas tan diferentes de la construcción del espectáculo.

Roberto Castro en el seminario *¿Qué es actuar?* planteó el cambio que se produjo en la dramaturgia en los últimos años, incluso cómo surgió una dramaturgia de la creación colectiva, de la experimentación, se va realizando a partir del trabajo de los actores, en donde ya se concibe el texto, el guión con una idea de puesta en escena.

En su opinión, en la actualidad hay un mecanismo de vaudeville mezclado con *sitcom* como si se estuviera en un programa televisivo: se sugieren varias situaciones paralelas rematadas al final del capítulo. Hay una fragmentación, una no tolerancia a ver el desarrollo de una situación, esto sucede en la televisión, en internet, entonces se pregunta: ¿Cómo se posicionan el teatro y la actuación en esta situación?

Se elaboró grupalmente la idea de que la actuación sería un juego como cuando uno era niño: es absolutamente creíble y a su vez se tiene la conciencia de que es una ficción. El problema sería ¿Cómo se pasa de ese juego infantil a ser un actor adulto? Uno tiene que descubrir el instrumento: ¿Qué soy yo?, si este instrumento que soy yo suena, y luego adquirir elementos técnicos. “Este juego de la actuación tendría que ver con el verosímil y la ficción, conocer las reglas del juego, respetarlas, desde un lugar de adultos y con un objetivo artístico: con una responsabilidad”.

Castro se propuso trabajar el concepto de “espacio escénico”. Se plantearon consignas y los estudiantes propusieron en la práctica, acciones para modificar el espacio escénico. Los conceptos fueron trabajados a partir de la participación activa de los asistentes al seminario y de la posterior reflexión sobre el hecho escénico producido por los mismos. “La problemática del actor radica en cómo “ocupar el espacio escénico, este no se ocupa haciendo algo por hacerlo”. Castro pasó a problematizar el concepto de “cuarta pared” como sensación de que el público no puede intervenir en la escena. Él entiende el concepto de “cuarta pared” no como algo privativo del teatro a la italiana sino como la separación del espacio escénico del espacio del espectador.

Sergio Renán en *La actualidad de los clásicos* trabajó la idea de los mecanismos por los cuáles un texto se transforma en clásico, el porqué esas textualidades perduran a través del tiempo, qué contienen que los lleva a ser re-creados en los contextos socio-históricos más diversos y desde distintas miradas. Sergio Renán abordó esta problemática de la dirección de un clásico desde la actualidad tomando como caso paradigmático su puesta de *Un enemigo del pueblo* de Henrik Ibsen (Buenos Aires: TMGSM, 2007) Focalizó su análisis en los aspectos del trabajo del director desde la adaptación del texto

con “el objetivo de acentuar la proximidad del conflicto con la realidad actual”, la dirección de actores, la musicalización y la elección de todos los signos sonoros y visuales que conformaron la realización del espectáculo.

Como se puede apreciar, los *Seminarios de Autor*, aspiran a generar un espacio en donde la praxis escénica y la creatividad encuentren formas de pensarse a sí mismas. En donde las nuevas tendencias puedan convivir con los artistas canonizados, generando discusión, movilidad y de esta forma tender un puente entre lo que sucede en la sociedad, la praxis de los artistas y profesionales del espectáculo y la formación universitaria.

## El cambio empieza por casa: cambiando para cambiar

Paula Portal

Por segundo año consecutivo tengo el agrado de poder compartir junto a ustedes el balance de un ciclo más de formación. Y este año, como los anteriores, ha dejado un saldo de historias dignas de compartir en su total extensión. Sin embargo, dado que no es el espíritu del presente trabajo, optaré por rescatar los factores recurrentes en cada una de ellas, con la esperanza de inducir al lector a una autocrítica sobre su conducta y el impacto que ella genera en la sociedad.

En mi artículo anterior puse especial énfasis en el desempeño de quienes se encuentran al frente de la conducción de un grupo humano. Repasé algunos de los principales factores a considerar cuando la materia prima con la que se trabaja es el intelecto y dejé claramente manifiesta la necesidad de recurrir a cuanto recurso pedagógico estuviera a nuestro alcance, con el fin de convertirnos en facilitadores en un proceso tan delicado como lo es la educación.

Sin apartarme de mis convicciones ni desestimar lo hasta aquí vertido, creo ha llegado el momento de hacer foco en otro de los aspectos que dificultan el proceso de aprendizaje: la desmotivación. Sin embargo, antes de entrar de lleno en los obstáculos que esta problemática presenta, considero indispensable redefinir el concepto ya que, muchas veces, no hace sino alimentar la confusión que lo rodea. Y es que la desmotivación no existe, al menos no desde un enfoque psicológico. Lo que cada uno de nosotros entendemos por desmotivación no es otra cosa que la manifestación expresa de la falta de interés (motivación) de un individuo ante un estímulo dado. Pues resulta ser que tal ausencia de interés es, a su vez, consecuencia de una amplia gama de estímulos (motivos) que llevan a una persona a experimentar esta sensación de apatía. Afirmar que la falta de compromiso se debe a la desmotivación no es sino una forma de poner en el otro (quien la experimenta) la responsabilidad por su accionar. Preguntarse, en cambio, acerca de los motivos que llevan a una persona a adoptar conductas cuestionables (al menos desde un enfoque social) presupone por el contrario involucrarse en el proceso de detección de tales disparadores con miras a atenuarlos, cuando no extinguirlos.

Parecerá al lector un juego de palabras pero la compren-

sión de esta diferencia cobra vital importancia a la hora de intentar poner cota a un síndrome que parece ir propagándose sin prisa pero sin pausa... y ya conocemos los resultados cuando los estímulos, aunque imperceptibles, se vuelven permanentes...

Retomemos entonces la línea principal de nuestro enfoque: El incremento de la apatía entre los estudiantes. Es cierto que mi espacio muestral posee ciertas limitaciones, ya que sólo llevo en el dictado de clases tres años. También es cierto que, desde el inicio en esta actividad hasta la fecha, la audiencia ha ido mutando. Comencé dictando clases en años superiores con un promedio etario de veintisiete años y estaré cerrando este ciclo con una audiencia cuya media no supera los veinte. Sin embargo este sesgo en la experiencia docente no impide que eche mano a recursos alternativos como el recuerdo de las experiencias vividas a lo largo de mi proceso de formación. Tal artilugio me permite ampliar el rango de análisis a algo más de veinte años, momento a partir del cual la prudencia sugiere me detenga. Pues bien, considerando entonces veinte años de interacción con la educación, resultará más sencillo el repasar no sólo experiencias personales sino también las de aquellos que me acompañaron a lo largo del camino. Y resulta doblemente provechosa la proximidad en el tiempo. Por un lado aporta detalles concretos que aún se encuentran frescos en mi memoria. Por el otro, aporta al análisis el grado de homogeneidad necesaria para una evaluación objetiva, toda vez que los mismos forman parte de una escala generacional contigua, evitando así el incurrir en errores propios de quien analiza dos fenómenos disímiles con una misma lente. Habiendo entonces argumentado la defensa del campo de estudio y sus técnicas, me permito entonces abordar el tema.

Como mencionara al comienzo, el 2007 me ha aportado un gran cúmulo de experiencias en lo que concierne al proceso educativo y el estado en que la "materia prima" llega a nuestras manos. Es cierto que a lo largo del último ciclo he tenido la dicha de encontrar alumnos cuya formación e intelecto destaca ampliamente por sobre la media, pero no es menos cierto que he encontrado un número alarmantemente mayor de jóvenes a quienes la elección de su profesión parece haberlos tomado por sorpresa. Es a este último grupo, y a sus familias, que dedico el presente trabajo. A los primeros por ser los protagonistas del fenómeno en discusión, a los últimos por ser los responsables directos de la formación moral de aquellos. Como formadores de profesionales es nuestra tarea contribuir a forjar espíritus, pero ello no reemplaza (y las pruebas están a la vista) la tarea de contención y guía que debiera proveer el hogar.

Resulta altamente penoso el observar el porcentaje de estudiantes que, pese a promediar los veinte años, poseen dificultades al momento de recurrir a la redacción. Desde la pobreza de vocabulario hasta los horrores de ortografía, las producciones que muchos de los futuros profesionales abordan carecen del más mínimo grado de elocuencia académica. Tiempos verbales inexistentes, redacciones confusas, lenguaje inapropiado y hasta la inclusión del nuevo formato instaurado por los mensajes de texto hacen que la evaluación de algunos trabajos se convierta en un viaje hacia lo desconocido. Subyace

a esta sintomatología la patología del sentirse obligado a transitar un camino cuyas instancias desconocen, cuando no aborrecen. Sorprende el nivel de incertidumbre que rodea la argumentación acerca de la elección de sus carreras. Algunos reconocen estar siguiendo la elección de sus padres, otros admiten haberse sumado a la elección de algún amigo o referente, pero la mayoría -sino todos- confluyen en un fin común: obtener un título. Obtener un título, casi, sin importar en qué. El fin ha cobrado tal fuerza que ha puesto a la sombra los medios que han de emplearse en su consecución. El campo visual, reducido a la meta, parece haberse nublado impidiendo percibir el paisaje que acompaña el camino.

Pero no nos engañemos, la detección de la verdadera vocación nunca ha sido tarea sencilla. Probablemente nosotros mismos hayamos construido nuestro lugar en la sociedad a partir de una elección no del todo consciente. No obstante, y muy a pesar de la complejidad que tal detección ofrezca, existe una brecha en expansión entre las motivaciones que nos guiaron a quienes hemos superado los treinta años y quienes se encuentran por debajo de esa línea. Diferencia imperceptible desde la concepción histórica del tiempo pero alarmante en términos de los resultados que ofrece.

Hasta no hace mucho tiempo atrás, en mayor o menor medida, todos anhelábamos potenciar nuestro nivel de educación. Sin embargo, las expectativas de una mejor calidad de vida o mayor reconocimiento social solían vincularse al conocimiento y habilidades adquiridos en el proceso educativo, más que en el acto de exhibir una habilitación profesional. En todo caso, dicha exhibición no era sino el corolario de un largo trayecto de dedicación, constancia y esfuerzo que resumía en una pieza de cartulina la infinidad de horas dedicadas a la comprensión de algún asunto en particular. Paradójicamente hoy parece haberse revertido la prelación. Nuevamente, sin prisa pero sin pausa, dichos valores se han ido debilitando a la sombra de algunas banalidades que la sociedad en su conjunto se ha permitido instaurar.

De este modo asistimos a una profunda crisis educativa. Quienes hoy se encuentran avocados al estudio parecen no encontrar el estímulo que, otrora, brindara el saber. Se encuentran sumergidos en una apuesta continua en la que deben "tachar pendientes" en lugar de "sumar activos" que acompañen su vida profesional. De algún modo, en algún punto, la balanza se ha inclinado hacia la cantidad, en detrimento de la calidad.

Desafortunadamente la problemática no se agota en dos páginas. Tomos enteros podrían escribirse sobre un fenómeno tan crítico para una sociedad. Sin embargo, la prudencia sugiere participación activa por sobre el debate irrestricto. Involucrarse a conciencia, con miras a revertir la situación. Cruzar la delgada línea que separa la crítica estéril de la intervención metódica, motivando una toma de conciencia que permita revertir la situación.

Desde mi humilde pero estratégico lugar me he propuesto realizar mi aporte. Y lo he venido haciendo no desde la retórica sino desde la complicidad con mi elemento de trabajo: los alumnos. Descubrí que la forma de tentarlos al cambio no residía en oponer presión sino en tomar la resistencia ofrecida y, pedagogía mediante, involucrarlos en un proceso de transformación personal. Esto

no se traduce en la pérdida de autoridad en manos de la informalidad, sino más bien la legitimación del liderazgo circunstancial que nos vincula, única fuente genuina de compromiso perdurable.

Acercarles experiencias concretas, presentarles el mundo laboral, logra bajar barreras en el proceso de receptividad. Revelarles situaciones cuasi fantásticas, exponerlos a problemáticas recurrentes, logra cautivar audiencias poco permeables a la persuasión. Inducirlos al error, para sorprenderlos con un cierre antagónico, puede quebrar paradigmas y facilitar la comprensión. La lista podría extenderse ante la infinidad de recursos pedagógicos a nuestro alcance por lo que, pretender esbozar un decálogo sería tedioso cuando no estéril. El desafío no se halla en las formas que instrumentemos sino en el fondo subyacente a éstas. Es la esencia del proceso lo que debemos reivindicar.

Como educadores, como integrantes de una sociedad, tenemos en nuestras manos la responsabilidad de contribuir al cambio. Los días podrán ser largos, la carga abrumadora, pero ello no justifica mermas en nuestra *performance*. No se trata de dirimir Calidad y Cantidad, sobra explicitar cuál habría de anteponerse. Se trata de reafirmar nuestra misión a diario, con independencia de nuestra carga profesional. Se trata de honrar la oportunidad concedida, al confiarnos la formación de quienes serán el futuro de la sociedad. Si alcanzamos a comprender el trasfondo, si logramos dimensionar la implicancia de nuestro accionar, habremos dado un gran paso en el camino hacia una formación de calidad.

## **Modificación de proyectos curriculares para obtener mayor compromiso de los alumnos**

**Celina Prado**

Diseño de Vestuario I es una materia de la carrera de Diseño de Modas, perteneciente al cuarto año de cursada de los alumnos, y abarca todo lo referido al lenguaje teatral, en el que, obviamente, el vestuario está incorporado dentro de los contenidos.

Normalmente, durante el transcurso del cuatrimestre los alumnos desarrollan un proyecto de diseño correspondiente a una obra de teatro dada, en la que ellos mismos deciden el estilo o época en que van a plantear el vestuario, sin dejar de lado los elementos conceptuales en cuanto al espacio en el que estarían inmersos los personajes y el género teatral a realizar, además de la investigación sobre autor, obra, fichas técnicas, y presupuesto como si se tratara de una producción real.

Por otro lado, se les brinda contenidos teóricos en cuanto a textos de semiótica aplicada al teatro, análisis de la obra dramática y sus diferentes puntos de análisis, como son el conflicto, el tema, los lugares de indeterminación, esquema actancial, además de nociones básicas de iluminación, escenografía, todo acompañado con videos e imágenes de diferentes obras teatrales, y refuerzan algunos conocimientos adquiridos de diseño, como color, textura, unidad y contraste, entre otros, pero los aplican a lo que se refiere a la puesta en escena en general, para

luego aplicarlos a sus propias producciones, y tratando de salir de sus preconcepciones referidos al diseño de indumentaria que tienen incorporado, ya que su idea de belleza no está relacionada con el vestuario, si tenemos en cuenta que un personaje bien caracterizado no necesariamente debe ser bello o alto y delgado, sino que su aspecto físico debe responder a sus actitudes y por lo tanto a su personalidad, sin dejar de lado las acciones que éste haga en escena para que las prendas a diseñar se lo permitan, y no le generen dificultades en sus movimientos.

El trabajo práctico final consta de la realización de un prototipo a escala real, y de un objeto de utilería a la misma escala, como puede ser el espejo de la malvada de Blancanieves, una corona, una espada, un cofre, o cualquier otro elemento que sus personajes vayan a utilizar de acuerdo a sus diseños, con materiales a elección, como puede ser cartapesta, alambre, goma espuma. Se les pide que eviten hacer un accesorio típico de indumentaria, confusión que surge muchas veces por la carrera a la que pertenecen. Los elementos terminados se presentan acompañados por el portfolio completo de la cursada.

El objetivo primordial de la materia es que puedan trabajar como vestuaristas profesionales, y por lo tanto que el proyecto de diseño de la obra teatral esté completo. Como docente de la materia, y con poca experiencia por pertenecer a la misma sólo por segunda vez, resolví hacer unas modificaciones de la planificación terminada, para obtener, por lo menos como intención, un mejor resultado.

En el curso anteriormente dictado, como consecuencia tal vez de falta de interés de los alumnos o por otros motivos que desconozco, y por la obtención de un resultado poco alentador en cuanto al producto obtenido, resolví modificar en cierta medida la planificación, no en cuanto a los contenidos, sino en cuanto al orden de las actividades, considerando que el proceso de diseño también puede cumplirse de esta manera, y el aprendizaje es el mismo.

No eliminando contenidos curriculares ni trabajos prácticos, sino cambiando el orden y dejando para el trabajo práctico final los trabajos pendientes correspondientes a la cursada, resolví estimular a mis alumnos ofreciéndoles la participación en alguna exposición que la institución nos permita realizar.

Lo que me ofrecieron fue una muestra estática, y la intención fue que el producto resultante correspondiente a los prototipos supere en nivel a los antes mencionados, valorando el esfuerzo del alumno y evitando que su prototipo “sólo sea para aprobar la materia y para presentarlo en el final”, como me plantearon una vez algunos alumnos, entendiendo que muchas veces es importante tener en cuenta las inquietudes que ellos mismos nos plantean.

Mi nuevo objetivo fue crear una motivación que genera en los alumnos un compromiso mayor con la materia, y que haya un intercambio mayor de inquietudes en la relación alumno-profesor, para conseguir otra respuesta por parte de ellos.

En este momento no se puede hablar de resultado obtenido, sino de proyecto, ya que la muestra está a semanas de realizarse y están todos los trabajos en proceso.

De lo que sí se puede hablar es que a partir de esta pro-